

rolló en su libro *Calle de una dirección* (1928). Benjamin corona las «imágenes de pensamiento» que hace desfilar en el libro con una titulada *Sobre el planetario*, en la que compara la relación del hombre con la naturaleza y el cosmos en la época moderna con la que se acostumbró en la Antigüedad, caracterizada por la embriaguez. Frente a ella, «la última guerra fue un intento de una nueva y nunca correspondida boda con los poderes cósmicos. Masas humanas, fuerzas eléctricas fueron lanzadas al campo abierto, altas frecuencias atravesaron el paisaje, nuevas estrellas emergieron en el cielo, el espacio aéreo y las profundidades del mar retumbaron por las hélices, y por doquier se cavaron pozos de sacrificio en la madre tierra. Este gran cortejo por el cosmos se realizó por primera vez en medida planetaria, esto es, en el espíritu de la técnica. Pero como el afán de lucro de la clase dominante se propuso reparar en ella su voluntad, la técnica traicionó a la humanidad y transformó el lecho nupcial en un mar de sangre. Dominio de la naturaleza, dicen los imperialistas, es el sentido de toda técnica». La consecuencia de esa transformación se manifestó en el hecho de que «en las noches de aniquilación de la última guerra, sacudió al cuerpo de la humanidad un sentimiento que pareció igual a la dicha del epiléptico. Y las revueltas que le siguieron fueron el primer ensayo de apoderarse del nuevo cuerpo. El poder del proletariado es el barómetro de su convalecencia»²⁶. Esta interpretación de la primera guerra mundial como abuso de la técnica coincide parcialmente con la de Ernst Jünger, pero el nuevo carácter técnico de la guerra que los dos comprueban planteó un problema central de la época. Benjamin lo formuló en el ensayo *Teorías del fascismo alemán* (1930), que reseña el volumen *Guerra y guerreros* (1930) editado por Jünger, en que sostiene que «el fallo del poder del Estado ante la guerra» favoreció su disolución y despertó la esperanza en el advenimiento del *Führer* imperial con que sueñan los autores de este libro²⁷. La crisis del Estado que enuncia Benjamin era más concretamente la crisis del parlamentarismo, de la democracia y del liberalismo, que se agudizó después de la primera guerra mundial, cuya experiencia nutrió una creciente crítica al sistema. En su ensayo *La situación histórico-intelectual del parlamentarismo actual* (1923), Carl Schmitt examinó detalladamente los fundamentos y alternativas de esa crisis con la intención de «dar el blanco en el núcleo de la institución del parlamentarismo moderno». Del análisis «resultará evidente cuán poco es siquiera captable la base sistemática de las ideas políticas y

²⁶ Walter Benjamin, GS, III, p. 248.

²⁷ Carl Schmitt, *Die geistesgeschichtliche Lage des heutigen Parlamentarismus*, Duncker & Humboldt, Berlín, 1961, p. 30.

sociales hoy dominantes de las que surgió el parlamentarismo moderno, hasta qué punto la institución ha perdido moral e intelectualmente su fundamento y sólo se sostiene aún como un aparato vacío gracias a una mera pertinacia mecánica *mole sua*»²⁸. La crítica del parlamentarismo, del Estado de derecho, de la democracia y del liberalismo, de la modernidad política, de Schmitt fue una constante de su pensamiento político y se desarrolló en polémica con Max Weber, Hans Kelsen y, de modo tácito, con Leo Strauss. El carácter polémico y a la vez científico de esa crítica y las transformaciones teóricas y políticas de la carrera de Schmitt fueron los requisitos de un escenario público, en el que él actuó con ambición y propósito de lucha y ascenso. Su crítica al liberalismo y a la modernidad, la formulación de su «teología política» y de su «concepto de lo político» le dieron fama y despertaron réplicas que, más tarde, se convirtieron en «consignas» de condena y en *clichés*, como la dicotomía «amigo-enemigo» a la que él refirió lo político. Fundamento de esa crítica fue su «agudización católica», pero el motor que la movió fue su profesión. En las páginas de confesión tituladas *Ex Captivitate Salus* recogidas en el breve libro del mismo título (1950) reconoció que las disciplinas a las que se dedicó, derecho internacional y derecho constitucional, estaban expuestas inmediatamente al riesgo de lo político, que en tiempos agitados «se agudiza el peligro inmanente a todo pensamiento libre. El investigador y profesor de derecho público se ve entonces súbitamente comprometido y clasificado por alguna frase libre y cierto que por hombres que en su vida nunca han tenido una idea libre, y a quienes le es extraña esencialmente toda libertad del espíritu. El trabajo científico de un erudito del derecho público, su obra misma lo sitúan en un país determinado, con grupos determinados y en una situación temporal determinada. La materia con la que él configura sus conceptos y al que está librado en su trabajo científico, lo liga a situaciones políticas, cuyo favor o desfavor, dicha o desgracia, victoria o derrota abarca también al investigador y profesor y decide su destino personal»²⁹. De la astuta justificación de su ambiguo y oportunista compromiso con el nacionalsocialismo, que él deduce de su profesión, es preciso poner de relieve su invocación del pensamiento libre y del riesgo que éste implica. Benjamin corrió el mismo riesgo y se mantuvo fiel al pensamiento libre. Pero el riesgo que acosó a Benjamin fue el de una existencia de profesional de la inteligencia librada a la competencia publicitaria. Su ambición de ser el crítico literario más importante de Alemania lo indujo a someterse a reservas y a

²⁸ Carl Schmitt, *Ex captivitate Salus*, Greven Verlag, Colonia, 1950, p. 55.

²⁹ Walter Benjamin, GS, IV, 1, p. 108.

dependencias en el desarrollo de su pensamiento, es decir, a limitar esa libertad y a luchar a la vez por ella. Su dependencia económica de Adorno, quien, como lo muestra a saciedad el epistolario de los dos, usufructuó sus ideas y obstaculizó su despliegue, y la influencia imperativa de Bert Brecht, fueron «gajes del oficio» que él aceptó con ingenua gratitud (Adorno) y callada reserva (Brecht). Pero eso no debilitó su comprensión del intelectual como «estratega en la lucha literaria», cuya tarea formuló, antes del exilio, en *La técnica del crítico en trece tesis de Calle de una dirección*: «La ‘objetividad’ debe sacrificarse siempre al espíritu de partido cuando vale la pena la cuestión por la que se lucha». La crítica es un asunto moral. Si Goethe no apreció en su justo valor a Hölderlin y a Kleist, a Jean Paul y a Beethoven, eso no afecta su comprensión del arte, sino su moral». «Polémica significa aniquilar un libro en pocas páginas. Mientras menos se lo estudia, tanto mejor. Sólo quien puede aniquilar, puede criticar»³⁰. La decisión en beneficio del espíritu de partido fue voluntaria, no, pues, como en el caso de Schmitt, resultado de su profesión. Pero esa decisión no privó, en última instancia, sobre su libertad intelectual. La aparente contradicción entre la observancia del espíritu de partido y la libertad del pensamiento fue más bien una de las diversas posiciones que tomó Benjamin y que reflejan su concepción del pensamiento fragmentario y la oscilación de su carrera en busca de una existencia segura. Por encima de los cauces diferentes que siguieron el ejercicio del pensamiento libre y el riesgo concomitante, ello plantea un problema político y cultural de la época y, concretamente, de la primera democracia alemana, esto es, de la República de Weimar. Es el problema de la transición de una sociedad hondamente arraigada en la obediencia a las autoridades jerárquicas de la vida cotidiana y del Estado a una sociedad burguesa, cuyos principios, esto es, el egoísmo y la relación social de los hombres como relación de medios y fines, describió Hegel en sus *Lecciones de filosofía del derecho* (1833). Esta racionalización, que Hegel dedujo de la Revolución Francesa, no logró en Alemania relativizar la estructura jerárquica de «conducción y obediencia» entre los estratos y condujo a una «peculiar alianza de conformismo, indiferencia, alienación y rebelión, a veces en nombre de la modernidad, pero siempre empapada de elementos antimodernos»³¹. Schmitt y Benjamin fueron manifestación de esta «peculiar alianza», fueron los diversos y semejantes acentos que la matiza, pero esa matización pone de relieve la semejanza de los puntos de

³⁰ Richard Münch, *Die Kultur der Moderne. Ihre Entwicklung in Frankreich und Deutschland*, Suhrkamp, Frankfurt/M., 1986, p. 844.

³¹ Walter Benjamin, GS, I, 2, p. 454.